

días no pude menos que echarme á sus pies y decirle también llorando de arrepentimiento : — Vd., madre mía es la que me debe matar, bien me ha dicho D. Clemente, soy un pícaro, un asesino de mi propia familia, perdón, señora madre, perdón, *conozco mis descarrios, soy un pícaro desnaturalizado.* — Todavía es tiempo de que vuelvas sobre tus pasos, hijo mío, me dijo abriendo los brazos y estrechándome contra su seno, con menos elementos comenzó tu padre, el trabajo á que se dedicó nos proporcionó lo que has tirado, de la misma manera que le ayudé á él á multiplicar sus bienes, te ayudaré á ti, estás robusto, joven, no ignoras el modo de trabajar, tus hermanos te ayudarán también, y con el tiempo podremos reponernos; tú no tienes mal corazón, Alejo, escucha mis consejos, vuelve en tu juicio, resarciremos lo perdido. — ¿Pero y cómo podré rescatar los animales? ¿qué dirá D. Clemente si no le llevo los veintiocho pesos? confirmará sus sentencias, dirá que no tengo ver-güenza, que... — Pero, hijo, el que debe ruego ó paga; cuéntale con franqueza nuestra situación, ofrécele algún modo de pagarle, por último, dile que te dé que hacer á ti y á tus hermanos, mas que sea en el tajo para desquitar el dinero, ¿si tienes brazos y fuerzas, Alejo, por qué te apuras? eso se queda para los flojos y holgazanes que le huyen al trabajo, para los pillos que quieren vivir á costa ajena, para esos bribones sin pundonor que no temen á Dios; anda á ver á D. Clemente, es buen hombre, hazle presente que tu padre fué su amigo, que yo espero en María santísima que le moverá el corazón; ha sido muchacho, conoce el mundo, es franco, sincero y enemigo de hacer perjuicio.

— Voy á seguir su consejo, madre mía; pero no me deje en la incertidumbre, otórgueme su perdón, bendígame, déme esa prueba de que olvida mis infamias, y volviéndome á arrodillar of clara y distintamente estas palabras : — Sí, yo te perdono, hijo querido, con toda mi alma y así Dios me perdone mis pecados, en su santo nombre te bendigo. Hizo la ceremonia, le besé la mano, y abrazándola frenético de gozo, por poco ahogo á mi pobre viejecita, sintiendo al bañarle su marchitado rostro con mis lágrimas, una cosa extraordinaria que me regeneraba, que desterraba la amargura de que estaba poseído, me parecía

despertar de un sueño, en suma, no daba aquel instante de dulce bienestar, por los tesoros más grandes del mundo; la cansé á besos lo mismo que á mis hermanos, y mirando que no dilatarian las cuatro, monté á caballo y partí á media rienda para la hacienda, más consolado que si hubiera conseguido el dinero, pues me hice el ánimo de obedecer en todo á mi madre con sólo la diferencia de empeñarme yo no más, para que trabajando en el tajo desquitará los veintiocho pesos. ¿Qué culpa tienen esas criaturas? decía hablando solo, para que paguen con su trabajo lo que yo he derrochado, no señor, ya que tanto mal les he causado y que por lo pronto no puedo repararlo, si- quiera no los seguiré sacrificando á mis caprichos, ¡pobres criaturas! ¡pobre de mi madre que la he hecho pasar aquí su purgatorio! D. Clemente no ha mentado, me ha dicho la verdad, merezco que me rompa las costillas, he sido una bestia enjal-mable, un tonto, vanidoso, no ha tenido de mí el que no ha querido, esos infames que se vendían por mis amigos, sólo lo eran de mi dinero, que un rayo me parta si les vuelvo á dar los buenos días, y el que me busque el pico ya puede ver cómo se compone. ¿Y mi adorada Remedios? ¿la que mejor quería que le sacara el corazón que darme lugar á que le pidiera treinta pesos prestados? qué bueno hubiera sido cogerle el falso y arrancárselo de veras á ver quién chillaba, yo sé de positivo que tiene su guardado, pasan de tres mil pesos los que á la sordina tiene en circulación y con su modito de cuatro por cinco, des-pluma no digo pichones sino hasta gavilanes que caen en sus garras, es un águila, un demonio, qué sé yo. Con estas y otras reflexiones entretuve el camino y llegué á la hacienda, salía D. Clemente con sus visitas de la mañana que se estaban des-pidiendo. — ¿Ya me traes el dinero, Alejo? me preguntó fi-jando la atención en mi semblante compungido. Iba á respon-derle que no, y conociendo mi intención me hizo ligeramente una seña que no notaron sus amigos, yo comprendí bien su ánimo, y poniéndome serio contesté con arrogancia : — Sí, se-ñor D. Clemente, aquí lo traigo y aun no dañ las cuatro. — Bueno, bueno, espérame en el despacho, voy á encaminar á estos señores. Me metí para adentro agradeciéndole en el alma aquella acción que me libertaba de humillarme, delante de

aquellos hombres que presenciaron en la mañana mi sonrojo.

— ¿Qué le dije, amiguito? dijo D. Clemente á uno de sus acompañados, todavía ese muchacho tiene su puntita de vergüenza; el remedio es fácil, no se necesita más que calzones, la pobre viuda no ha de ser la que lo contenga, y si los que hemos sido amigos de su padre no vemos por el bien de su familia, malditas las amistades que terminan en egoísmo, estos son los servicios que demandan los amigos que le han tomado á uno la delantera, no mal balbuicir un sudario, ni rezar una estación acompañada de un fingido suspiro que no sale del corazón. En fin, voy á devolver á ese muchacho su ganado, ya llevó su potreadita, y donde lo coja á cargo, cabretea ó se ahorca; buen viaje, y hasta la vista, caballeros. — Adiós, adiós.

Volvió á poco rato, se me acercó y con semblante sereno me dijo: — Conoci por tu cara que no traes el dinero, y quise que delante de esos caballeros no acabaras de perder la reputación, como han sido públicos tus excesos, públicamente te los reprendí; ¿qué sucede por fin con ese dinero? — Que no lo he podido conseguir, señor D. Clemente, y ya que ha sido vd. el único que me ha hecho conocer mis errores, vengo á suplicarle que corresponda su nombre con sus hechos, que me deje llevar los animales de mi familia, y me dé ocupación más que sea en el tajo para desquitarle los veintiocho pesos con mi sudor y trabajo; muy pronto se han realizado sus pronósticos, ninguno me hace formal. — ¿Pues ¿tus buenos y leales amigos? ¿tu querida Remedios, que tanto te ama? — Todos son unos viles, ellos me han burlado, se han reído de mi aflicción, con todos he quebrado los odios de muerte, ella también con fingidas lágrimas trató de excusarse compadecida de mi desgracia, mejor me ofreció su corazón que su dinero: me he propuesto despreciarla cual se merece por su infamia, si no hubiera sido porque el perdón de mi madre me llenó de consuelo, está la hora, señor D. Clemente, que ya no existiera yo, tenía ánimo de darme una puñalada antes de ponerme delante de vd. sin el dinero; pero ella me ha animado para que le suplique á vd. que interponga la memoria de mi padre que fué su mejor amigo, y por el amor de Dios, señor D. Clemente, le ruego que no me desaire, seré su esclavo, mándeme con la punta del pie, májeme

á palos, pero que mi madre no me vea volver sin el ganado.

— Si tú me empeñas tu palabra de enmendarte, obediente y trabajador te conduces con juicio, eres hombre de bien, amante de tu familia, y por último me respetas como si fuera tu padre, eso y mucho más puedo hacer en tu favor; has ocurrido al mejor arbitrio, tomas por padrino la memoria de tu padre que es para mí muy sagrada, apruebo tu resolución; pero te advierto que yo tengo calzones, conmigo no se juega, y lo mismo que puedo labrar tu felicidad y la de tu familia, puedo también echar á un bribón al presidio y quitarle á esa pobre madre al pillo que desde hoy en adelante trata de buscarle su ruina; ¿ahora de ti depende la resolución? — Estoy á su obediencia, señor D. Clemente, dije arrodillándome ante aquel hombre que al mirar en su rostro venerable brillar una ráfaga de alegría me infundía respeto, adoración, qué sé yo. — Sólo ante Dios y tus padres debes humillarte, muchacho, párate, no puedo consentir que estés en esa postura, y me tomó un brazo para levantarme. — No se empeñe vd. en pararme, señor, desde este instante lo venero como á mi padre, disimule mis faltas, quiero resarcir los daños causados á mi madre, á mis inocentes hermanos, yo le juro por la misma memoria de mi difunto padre que tanto venera, no separarme de sus órdenes, en una palabra, ser hombre de bien. — Aquí están estos brazos abiertos, hijo pródigo, enjuga tus ojos y no me estés atormentando con tus expresiones, eres capaz de hacerme llorar como una mujer. Me recibió en sus brazos y se limpió los ojos, pues aunque estaba haciéndose fuerte se le saltaron las de S. Pedro, y serenándose un poco sacó su cigarrera y me pidió que le diera la lumbré, dándome la bolsa de instrumentos mientras componía su cigarro poniéndome otro sobre la mesa, yo me resistía pero insistió diciendo: — Ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbré; yo seré desde hoy para contigo, no un padre riguroso, sino un amigo verdadero, ¿me entiendes? anda á llevar esos animales para el rancho, adviertes á tus hermanos lo que han de hacer, dejás á tu madre estos seis pesos para su gasto y te vuelves al instante, es capaz que esté esa pobre vieja encomendándose á la corte celestial, con una punta de velas encendidas, porque sólo así quieren conseguirlo todo; anda,

quítala de cuidados, que tiempo bastante nos queda á nosotros para entendernos.

Salí precipitado, lleno de júbilo, dejé el ganado en mi casa, conté á mi madre lo ocurrido, y efectivamente D. Clemente adivinó lo que pasaba, comenzó á apagar cuatro ó cinco cabos de cera; di mis órdenes, puse en sus manos los seis pesos, y llenándome de bendiciones, me volví al galope para la hacienda: D. Clemente muy contento entró y preguntó: — ¿Dónde está la niña? ¿dónde está la niña? — En el mirador con Galatea, respondió una criada. — ¡Albricias, Joaquina, dame las albricias! exclamó entrando y haciéndole cariños á la perrita. — ¿De qué me cobras albricias? respondió una señora de más de sesenta años desviando de sobre un libro del Año Cristiano un gran anteojito con su pie y varilla de plata, que traía colgado del cuello con una cadena de acero. — Ya tengo lo que deseaba, todo mi plan me ha salido á pedir de boca, ya no estoy perniquebrado. — ¿Cómo tú? si yo te he visto entrar cojeando como siempre, tus reumas son viejas, no se quitan así no más, solo un milagro. — Dices bien, un milagro; pero no de los que hacen los santos, sino de los que hace el mundo; ese muchacho Alejo, se viene conmigo, ya podré tener algún alivio. — ¿Pues de cuándo acá se ha metido á médico ese calavera? — No me entiendes, Joaquina, eres muy simple. — ¿Pues explícate, hermano, tú eres el que me estás confundiendo? — Te hablaré más claro, Alejo se viene conmigo, ya lo tengo del bozalito, ése será mis pies y mis manos, me aliviará la carga, tiene veintidós años, está robusto, no es tonto; lo voy á poner de ayudante de la persona, que reviente caballos, que ande todo listo como siempre ha estado; me da mucha tristeza el no poder ver los tajos, dar una andada á las estancias, madrugarse á las ordeñas, en fin, no poder cumplir con mi obligación, porque cada día estoy más emballestado, el sol me quema, el caballo me cansa, y se me hace cargo de conciencia coger el sueldo sin merecerlo, por mi imposibilidad, D. Pablo ha hecho una confianza ciega de mí, se pasan años para que venga á ver cómo están sus intereses, y yo sería ingrato y malagradecido si no procuro administrárselos como merece la confianza tan grande que en mí tiene, dispóngale á ese muchacho su cama

en mi recámara, mañana no me levanto hasta que esté el sol fuera, no me vuelven á postrar las heladas, á irritar el sol, á resfriarme las lluvias, ni á acatarrarme el sereno. Ya conocerás por lo dicho que no estaré perniquebrado, y sí muy aliviado, sin que por eso deje de cojear, ni Alejo se haya vuelto facultativo.

— Pues mucho me alegro, Clemente, y bien mirada la cosa, yo te doy la enhorabuena, y tú eres el que me debes las albricias, aflójame, aflójame un peso para mandarle decir una misa á la Divina Providencia, para que Dios permita que ese muchacho asiente la cabeza y no vayan á ser inútiles tus afanes. — Dices bien, toma para la misa, y se volvió para el despacho murmurando solo: — Estas son las cosas del mundo, debía de traer ese muchacho dinero y yo recibirlo, y mejor lo ha llevado y me cargaré á mi cuenta esa deuda; vine pidiendo albricias, y me costó un peso la visita, si así sigo medrados estamos, por cierto de mi ayudante. No, no, no es caro el bien cuando llega.

Poco antes de la oración estuve de vuelta, y al apearme gritó D. Clemente á uno de los sirvientes que allí andaba: — Coge ese caballo del amo D. Alejo, ponlo en toril separado para que los otros no lo pateen, échale harto de cenar; antes de las tres de la mañana, que esté ensillado y listo en el portalito. Dieron cuenta los mandones y reunidos allí todos les dijo: — Señores, cualquiera orden ó disposición que les mande el amo D. Alejo, se obedece como mía, es mi segundo, mi ayudante de campo, ¿lo entienden? — Sí, señor amo, respondieron todos. — Pues mira, Alejo, imponte de las órdenes que voy á dar, apúntalas en esa cartera, y cuando vuelvas del campo, me das exacta cuenta de ellas. Empezó á dar sus disposiciones á cada uno, y yo tomé nota. — Mire, caporal, ordenó, que recojan temprano la caballada mansa, la metan en la manga del Cuizillo, para que allá vaya el amo D. Alejo á escoger para su silla los caballos que guste; le cuidan aparte su hatajito, y él dirá adónde se los tienen listos.

Los despidió dándoles las buenas noches, y nos metimos á tomar chocolate, mientras que el escribiente acababa de hacer sus apuntes. Doña Joaquina me recibió muy cariñosa, pronto me conoció la Galatea, y después de rezar el rosario nos meti-

mos para la recámara, se tiró en su cama, me hizo sentar á su lado y comenzó á darme mil consejos, á prevenirme cómo me había de conducir con los dependientes, y ordenarme lo que debía de hacer, concluyendo con: Yo no te señalo sueldo ninguno, te daré lo que pueda para que tu madre y hermanos se vayan manteniendo, tú pídemelo cuanto necesites, hijo mío, y sólo te exijo el fiel cumplimiento de mis órdenes con actividad, empeño, y buena voluntad, no olvides que por la memoria de mi buen amigo tu difunto padre, me has jurado ser hombre de bien; ya probaste la libertad y holgazanería, ¿qué has sacado? arruinarte y hacer lo mismo con tu familia, empezar á tener un concepto demasiado triste para un pobre ranchero. ¿Qué ventajas te lograste con tus amigos? un desengaño, y que si sigues tus pasos caminarias como ellos á tu perdición completa; ¿cuál ha sido el fruto de tus enredos con esa alesna de doña Remedios? que también te estafara, te contagiara con la deshonra que tiene marcada sobre su frente, una mujer pública que no se puede querer, porque el amor no se vende, las caricias que te haya hecho mientras te desplumaba, tiempo hace que las estudió para cuantos tengan algo que pillarles, eso es muy desabrido, degradante, ridículo, peor que andar luciendo un caballo de alquiler que todo el mundo ha espueleado. Ya tuviste tus desengaños, ya te dije que todavía puedes volver sobre tus pasos, piensa bien en tu situación y verás que no te sobre tus pasos, piensa bien en tu situación que tienes, y serás el miento, aprovecha la poca experiencia que tienes, aunque no sea sino mayor majadero si vuelves á las andadas; aunque no sea sino por no merecer el título de tonto ó necio, debes cambiar de vida y con hechos palpables desvanecer el vil concepto que se habían formado de tí cuantos te han conocido, para que á la larga ninguno se atreva como yo á decirte en tus bigotes, delante de las gentes: ¡eres un pícaro! ¡un ladrón! ¡un infame! y quién sabe cuánto te dije, sin que hubieras podido responderme con satisfacción: miente vd. como un villano y volvieras por tu honor como lo hace un hombre de bien. Ya me contarás tus cosas con espacio, puede que no se haya perdido todo, y que rescatemos algo, aparta treinta ó cuarenta caballos de los mejores, porque lo menos que necesitas, son tres ó cuatro diarios y más que los revientes, por vida tuyita que

me sirvas bien y violentito, no me gustan hombres pachorrudos, ni que me pongan dificultades en lo que ando, mucho menos que sean temerosos á los elementos, eso se queda para mí que ya me vencieron, pero en muchos años los he recibido sin que se me diera un grano de anís sus rigores; como á las nueve cenamos y nos acostamos á dormir.

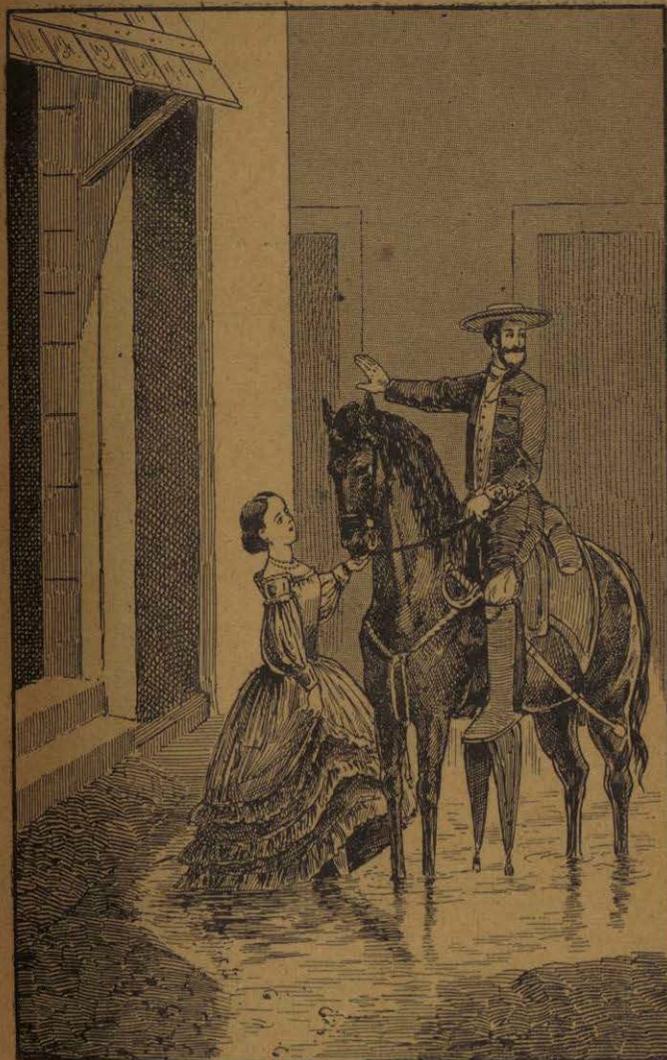
A las tres de la mañana me dió el grito de arriba amo D. Alejo, me levanté presuroso y él me dijo: — Véte á desayunar á la ordeña, luego escoges tus caballos, los repartes en las estancias, cuatro ó seis de los mejores mandas para acá, formas tu chinchorro para que de allí sean relevados pues mi fin es que en cualquiera parte á donde te mande tengas donde remudar, y si se me pone en la cabeza le des vuelta á toda la hacienda en tres días, me traes una razón circunstanciada de mis encargos, procura estar aquí tempranito, si conoces que no te alcanza el tiempo para venir á comer conmigo, le avisas á Joaquina que te mande la comida á algún punto avanzado ó que te disponga un itacatito, por ahí andan rodando mis arganitas; con que anda bendito de Dios á trabajar ahora que tienes fuerzas y juventud. Salí, monté en mi caballo y cumplí con cuanto me mandó, con un gusto y un empeño que lo dejó satisfecho, señalé para mi silla cuarenta caballos escogidos de todos pelos, clases y condiciones, y más de cuatro veces tuvo la humorada de hacerme andar la hacienda en los tres días. En la noche siguiente me hizo contarle todas mis aventuras, yo no le excusé nada, y cuando acabé con lo de doña Remedios exclamó: — ¿Conque no te dió tiempo á que le descubrieras tu desgracia? — No, señor, antes por el contrario conociendo que no había de sacar nada bueno de ella, le dije que la habían engañado, que lo que hice en el billar fué una ensayada mía para conocer á mis amigos, en fin, me retiré dejándola dudosa de la verdad, sin que definitivamente hayamos quebrado.

— Magnífico, magnífico, ¿y cuánto calculas que esa maldita te ha estafado, así, poco más ó menos? — Señor, pasan de mil y quinientos pesos. — Fijémonos en una cantidad determinada, ¿te contentas con que te devolviera mil trescientos? — Sí, señor, y cómo no. ¿Dices que tiene sus medicillos, y es muy avarenta? — Tiene algunos miles reunidos y es la codicia perso-

nificada. — Pues si tú me ayudas cumpliendo fielmente mis instrucciones, no pierdo la esperanza de que te restituya los mil trescientos pesos convenidos, ese dinero tan mal adquirido es como el del sacristán, cantando se viene y cantando se va: voy á estar muy divertido, me gustan las intriguillas de esta especie, pero antes de todo, dime con franqueza, ¿has querido bien á esa mujer? — Como puede uno querer á un caballo de bonita estampa, y que después de sacrificar el dinero se va uno desengañando de que es un penco, inservible hasta para la silla, mañoso, repalpado, y de día en día va descubriendo más resabios. — Está bueno, meditaré mi proyecto para que no fracase, todo puede remediarse, y sacaremos el remedio de doña Remedios.

El domingo después de misa, me dijo: — Ensilla mi caballo alazán con mi silla plateada, ponte estas calzoneras, y mis botas de campana puruandireñas, este dormán, llévate ese jorongo en los tientos, mi espada de guarnición de plata en la silla, que te acompañen dos vaqueros bien montados, entregas esas cartas á sus destinos, y no te separes de estas instrucciones.

Entré al pueblo seguido de mis dos cuerudos, antes de llegar á la casa de doña Remedios me vió uno de mis antiguos amigos y avisó á la pichona, que salió precipitada á asomarse poniéndome una carita muy alegre y cubriendo toda la puerta con su túnica llena de olanes almidonados, yo no más le eché una mirada al soslayo, estaba un charquerón en la calle y por no vadear ó tener que pasar junto á su puerta, le alcé las riendas al alazán metiéndole las espuelas, pegó un fuerte volido, no le alcanzó el brinco, y siempre metió las patas dándoles á los juzgones una buena salpicada de lodo, yo me seguí muy serio, ella rabiosa de mi esquivéz haciendo mil aspavientos se metió limpiando el lodo de la cara. — Qué paquete se va dando ese patarato, dijo el que la acompañaba á tiempo que mis vaqueros no queriendo ser menos, también hicieron lo que yo, brincar y enlodar más á aquel sujeto que se atrevió á echarles una maldición, el más vanidosillo se volvió contestándosela y bullendo su caballo en el charquerón lo acabó de salpicar, teniendo que meterse á gran prisa por no recibir un caballazo. Yo que pude advertir todo, me regocijaba interiormente, llegué



¡Mátame, negrito mío, pero no me desprecies!

á la plaza, dejé á mis mozos teniendo el caballo llamando la atención de todos, formaron círculo, unos alababan los arneses, otros al corcel, hasta que uno preguntó : — ¿De quién es ese cuaco tan lindo, amiguito? — Del amo D. Alejo Delgado, respondió lacónicamente uno de los vaqueros, comenzaron á secretarse, tres ó cuatro se separaron de la rueda y se fueron al billar á donde acababa yo de llegar con un señor de aquellos á quienes D. Clemente escribió, mis amigotes de marras entraron después muy escurridos, yo no quise ni verlos, tomé mi taco y comenzamos á jugar, al tocarme tirar se arriesgó á decir uno de ellos: — Voy esta peseta á la bolada. — Venga, contestó otro, entonces filé el taco y dí un chis tirando palos en seco con marcada intención. — ¡Qué bien lo has hecho, Alejo! replicó uno de ellos, esos golpes nunca se te han ido, ahí había carambola y quedarse armado. — Si tuviera vd. vergüenza, grandísimo pícaro, le contesté enojado, no desplegaría los labios para dirigirme la palabra, y sépase que si no se largan de aquí, no digo carambola, sino chuza hago con todos vds.; seguro está que me tiene el corazón para despachar á cualquiera, ya los conocí, los desprecio, y antes como antes y ahora como ahora, no transijo con los pillos, tire vd. señor D. fulano. Se quedaron aquellos cobardones perplejos y callados como un poste, yo seguí jugando muy contento, aunque perdí la mesa, saqué un puñado de onzas y demás monedas como me lo había aconsejado D. Clemente, le tiré al coime un tostón diciéndole : Cójase lo vuelto, vi mi reloj exclamando : Ya es tarde, saqué una purera de bejuco, encendí un puro campechano, tomé el brazo de mi compañero y me salí sin despedirme de ninguno. Mientras que recogí las contestaciones de las cartas que llevé, uno de aquéllos fué á contar todo á Remedios, y ésta creyendo que las últimas palabras que le dije eran verdad, olvidó su enlodada, y más adornada y coquetona estaba espionando mi regreso, teniendo apostada una criada para que le diera aviso, antes mandó á un muchachito á avisarme que no dejara de pasar á verla por vida mía, yo le respondí con enfado : — Dile á tu ama que se vaya á rascar la roña, que no le busque el ruido al mosecón porque la pica; más la inquietó mi respuesta y creció su curiosidad, haciéndole títere mi lujo, el dinero y cuanto le conta-

ron, por fin, emprendí mi marcha muy paso á paso, cuando salimos del billar siguieron las comentaciones. — ¿Has visto Zurdo qué cambiada ha dado este patarato? ¿quién nos lo había de decir que el lunes en este mismo sitio vino con las lágrimas en los ojos á que le prestáramos treinta pesos para desembargar su ganado, tendrá alguna hermana bonita que fué á interceder con D. Clemente, ¿qué cosa no consigue una chula que suplica cuando es muchacha? — No, hombre, advirtió uno, no tiene hermana; pero tal vez la madre se encargaría de eso, y aunque ya es grande, sin embargo da su pala, y no tiene tan malos bigotes. — Pues entonces ya está aclarado el misterio, afirmó un tercero, interpondría sus .. respetos, haría valer sus antiguos méritos, el viejo ha sido alegrón, son conocidos viejos y carbón que ha sido lumbre, con facilidad se prende, quién sabe si el tal Alejo tenga algún parentesco más inmediato con D. Clemente, yo no quiero quitar créditos, pero lo que se ve no se juzga, que por mí y el cura, ni me quita ni me da, cada cual se rasque con sus uñas, y Cristo con todos.

Volví yo haciéndome el desentendido, dió aviso la centinela avanzada, y apareció Remedios en la puerta con un semblante halagüeño, yo quebré mi caballo para pasar el charquerón por el lado contrario al de la puerta de la tienda, echándole una mirada desdeñosa á la vez que iracunda, ella no hallaba cómo hablarme, y al vér frustradas sus esperanzas, salió precipitada, se alzó el vestido para enseñarme su bonito pie calzado con unos zapatos de raso verde, las piernas transparentándosele debajo de las medias caladas de seda, y hecha una loca, atascándose en el lodo me cortó terreno, se me arrimó al estribo y poniéndome una cara de Dolorosa de barro me dijo: — *¡Mátame, negrito mio, pero no me desprecies, me asesina tu indiferencia!* Yo no tengo la culpa de tu enojo, te violentaste, le diste sentido contrario á mis palabras; entra, entra, hablaremos, te daré una satisfacción cumplida, te probaré hasta la evidencia, que tú, y solo tú, eres el objeto de mi amor. — Quitate, mujer ¡quitate que me hechizan tus encantos! exclamé fingiéndome conmovido, y luego continué: — Obras son amores y no buenas razones, cuando yo venía lleno de gozo á participar mi decidida suerte, á que te regocijaras de mi colosal

fortuna, resuelto á partir contigo mi dinero y á que disfrutáramos de mi herencia, me recibes con lágrimas, me confiesas tu miseria, y me cuentas que no tienes ni medio partido por la mitad; ¿pues qué acaso te he pedido jamás alguna cosa? y aunque así hubiera sido, ¿no te he pagado profusamente tus fingidas caricias? ¿no me has visto sacrificar mis intereses antes de ocurrir á tu comercio del cuatro por cinco? Eres una vil, Remedios, no sabes apreciar á los hombres en lo que valen; mi suerte ha cambiado como te lo indiqué, ya les dí de mano á los amigos que por una bagatela se dieron á conocer, ya me convencí de que tu amor era á mi dinero, que eres una infame que tratabas de despreciarme porque me suponías arruinado; retírate, no me interrumpas el paso, te desprecio y te compadezco. — No, no te dejo partir hasta que me vuelvas tu gracia, y se me paraba enfrente batiendo lodo, así la hice dar algunos pasos por lo más atascoso, hasta que fingiéndome compadecido exclamé: — Retírate, mujer ó demonio, que me están embriagando tus hechizos, tus ojos me ciegan y no tengo valor para darte un caballazo, esto la hizo redoblar sus instancias y ofrecimientos empeñadísima en que entrara. — No puedo darte gusto, respondí consultando á mi reloj de oro de dos tapas, y dándole cuerda con una llave suelta que busqué en el chaleco, sonándole onzas y pesos, mi curador me espera, estamos en la formación de inventarios porque es probable que nos quedemos con la hacienda en propiedad, conque déjame ir que yo te vendré á ver, tienes para mí un no sé qué, que no me deja aborrecerte; pero te repito, obras son amores; ya no tengo libertad, estoy sujeto á D. Clemente, y mientras que este señor no me dé mi parte, no puedo disponer de mí mismo, quién sabe quién demonios le ha contado mis despilfarros, no sé cómo recibirá la noticia de que tú y yo nos queremos, y la verdad porque no vaya á tomar con ese motivo para desheredarme, es necesario que finjamos que ya no tenemos nada; yo vendré á verte á hurtadillas, para no dar en que maliciar, procura alejar de tu casa á esos bribones, porque no vaya á ser que nos vendan; yo te contaré despacio todo, todo y seremos los más felices de la tierra, soy muy rico, muy rico, Remedios. — ¿Pero cómo sé cuándo vienes á verme, mi vida? — Te mando un recado

fingido con uno de mis criados para que si estuviere alguno de esos cocoritas no lo comprendan, excusado me parece recomendarle el silencio, porque de ahí depende nuestra felicidad, prudencia y discreción será nuestra divisa; adiós, prenda querida, y le apreté una mano. — Adiós, dueño idolatrado, dueño de mi alma, y partí dejándola atascada hasta las rodillas muy ufana de su reconquista. Se retiró á volverse á vestir de limpio diciendo: — De veras que es un apantallado esté palomo, y si no fuera porque me resolví á echar á perder un par de zapatos y enlodar mi ropa, se me vuela de la mano, no cabe duda de que tiene dinero, es necesario ahora más que nunca atararlo, fingirse amorosa, franca, complaciente, en fin, dar el alón por comerse la pechuga, otros más avisados han tragado el anzuelo.

Llegué á la hacienda, informé á D. Clemente y dijo lleno de gozo: — Excelente, la cosa marcha, ha de haber quedado en duda, y ésta, el sigilo y sobre todo la codicia han de surtir mejor efecto, ahora es necesario darse á desear, cada día le ha de parecer un siglo, la tendremos inquieta, y luego en dos ó tres piquetes sacaremos la ventaja. Á los doce días, me despachó una tarde, mandé avisarle con un vaquero que en el horno de ladrillo me esperara, se fué presurosa, le dí un plantón de más de dos horas, hasta que al fin aparecí de retirada huyendo de un aguacero que amagaba, con un bulto en mi zarape sobre la silla. — ¿Qué haces, chula? le dije tendiéndole la mano, ella enojada contestó — ¡Buena pasta la tuya! te he estado esperando toda la tarde, mirame tiznada que parezco rata, ya me fastidiaba tu pachorra, y ya sabes que no tengo paciencia. — Eso es, regáname, pues sabe, Remedios, que no traigo tiempo para perderlo en necesidades, le contesté poniéndome serio, véte á tu casa en sana paz y dispensa mi molestia, bonito yo para que me gruñan; adiós. Ella se quedó abismada, jamás había yo sido tan delicado, no hallaba á qué atribuir mi violencia, y con las mayores inquietudes se volvió á su casa en la fuerza del agua, el bulto que yo llevaba picó su curiosidad, se supuso mil cosas y no encontraba modo de aclarar aquello.

— ¿Cómo te fué? me preguntó D. Clemente. Le conté lo ocurrido y exclamó: — ¡Bueno, bueno! leña y más leña, que las

mujeres envueltas en la incertidumbre y el misterio, solitas se queman, si de aquí á cuatro ó seis días no resuella, le daremos una atizada. Al tercer día cuando llegué del campo cosa de las dos de la tarde, me dijo D. Clemente: — Por ahí anda una mujer dando de vueltas por la ranchería, si fuere Mercurio de confianza, explícate un poco con ella según te he prevenido. Efectivamente, era la criada de doña Remedios, que mandó para saber qué me había sucedido, pues no podía estar más tiempo inquieta, me la fui llevando hasta unos paredones de un rancho viejo, en donde escondí un bultito con el pilón de la romana envuelto en mi pañuelo dejando asomar la punta de una talega. — ¿Qué hace vd., niño? me dijo aquella mujer limpiándose con el rebozo el sudor de la frente. — ¿Qué anda haciendo por aquí doña Tulitas? le repliqué. — Nada, la niña que es capaz de hacerme ir hasta el fin del mundo, me ha mandado á ver á vd., me trajo Cornelio mi yerno y allí me está esperando con la yegua panda, en la magueyera. ¿Quiere vd. decirme, niño, por Dios, qué le ha dado á beber á mi amita que la tiene como loca? — Antes dígame, doña Tules, ¿qué demonios tiene su ama, que cuanto más la miro más me encanta, y más y más se me manifiesta ingrata, fría, indiferente ó qué sé yo? — ¿Sabe vd. D., Alejo, que no los entiendo, de eso mismo se queja ella? — Pues á vd. la hago mi juez, doña Tules, le mandé avisar que me esperara en el horno ¿lo entiende vd? que me esperara, me fui á cobrar un dinero para dejárselo á guardar, se dilataron en entregármelo, vuelvo muy cariñoso, le hablo con aprecio y antes de suplicarle que recibiera aquel depósito, me echa la mula, no me contesta mi cariño y me pone cara de espanta perros, mire el asunto para lo que quería que me esperara, he querido traer á vd. aquí para que lo vea. Saqué mi bulto y se lo dí á pulsar. Ahora dígame ¿quién tiene la razón? — Vd., niño. — ¿Qué necesidad tenía yo de dejar expuesto este tesoro á los cuatro vientos si tuviera una persona que mereciera mi confianza? siempre tendré que dárselo á D. Clemente por no estarlo exponiendo. — Si vd. quiere, me lo llevaré y se lo daré á la niña. — Era lo de menos; pero á más de que pesa, va vd. expuesta á que se lo quiten, quién sabe si como ya no me quiere recibiría mal esa molestia. — ¿Que no quiere á vd., D. Alejo?

eso es mentira, delira por vd., no tiene otra cosa en el pensamiento, yo se lo aseguro, niño. — Vd. me hace feliz, doña Tullitas, tenga un abrazo, y ese peso para cigarros; pero no se lo diga vd., yo estoy loco por ella; la amo como no es capaz de amarme nunca, y ahora que voy á recibir mi herencia... — ¿Pero qué herencia, D. Alejo? — Una que nos ha dado la suerte, tenía mi padre unas barras en el mineral, la mina se emborrascó y quedó la cosa en tal estado, le trajo mi madre sus papeles á D. Clemente, se volvió al avío y en menos de quince días estuvo en bonanza, por no aventurar la suerte se ha vendido á unos alemanes, se hizo el reparto entre los accionistas, y nos han tocado por la parte de mi padre más de cincuenta mil pesos que ha recibido D. Clemente, esto se lo digo á vd. en confianza, no se lo cuente á nadie ni menos á Remedios, porque yo pienso comprar una hacienda con mi parte, casarme con ella y vivir en gracia de Dios lejos de todo el bullicio, disfrutando de mis bienes en unión de mi esposa idolatrada; conqué doña Tullitas, no diga que la corro, pero no vaya á ser que D. Clemente huelga algo, él no está muy á gusto con mis ideas y una impertinencia desbaratará mis planes, siempre voy á entregarle este dinero, lo más es oro, y... — ¿Por qué no lo deja vd. por ahí mientras se arregla vd. con la niña? — Ya le dije las dificultades que hay. — ¿Cuándo va vd. á verla? está la pobre inconsolable. — Yo le mandaré avisar, pero adviértale que no se desespere, que mucho sufre quien bien ama, y por vida de vd. silencio ¿eh? Adiós. — Adiós, niño. Me salí con mi bulto, ella fué á subirse á la yegua panda de su yerno, muy satisfecha de su comisión. Dejé el pilón en su lugar, conté los pormenores á D. Clemente y éste respondió: — Ya va á hervir, y muy pronto se cocerá esa gallina vieja, ya cayó en el lazo, dejémosla cavar.

Todo cuanto conté á doña Tules, fué transmitido á la letra con las exageraciones de costumbre, pues bastaba que le hubiera encargado el secreto, para que todo surtiera los mejores efectos, y Remedios ávida de codicia, solita se embrollara discuriendo la manera de lograr sus intentos. Hasta los ocho días siguientes fuí á verla muy de prisa á hurtadillas, las revelaciones de Tules la habían atarantado, ya se juzgaba dueña de una hacienda, me recibió contentísima, no hallaba cómo demos-

trarme su cariño, me dió mil satisfacciones y disculpas, me metió á su recámara y abriéndome una cajita que sacó de su ropero, me dijo: — Dispón de ese dinero, mi vida, ya sé que me querías hacer depositaria del tuyo. — ¡Cómo! le dije sorprendido, yo no tengo nada, soy un pobre arrancado á quien se le cierran las puertas por treinta pesos, con fingidas lágrimas, esto que traigo, me lo ha prestado D. Clemente, me ha hecho caridad de recibirme á su lado y... — Gana de embustes, prenda mía, ya lo sé todo; la mina borrascosa, la bonanza, los alemanes, que vas á comprar una hacienda que... — Que me quedará sin ella como me quedé sin padre, no me alcanza lo que tengo; yo lo que siento es que hay muchos codiciosos, ya me la pujaron á quince mil pesos al contado, yo no tengo más que catorce, mañana es el último pregón en calidad de remate: no quiero que ninguno de mis hermanos tenga parte en ella, yo pensaba rematarla y venir á ofrecerte mi mano y mi hacienda. — ¿Y cuánto te falta, Alejo? me dijo llena de alegría. — Mil pesos para igualar la postura porque tengo el derecho del tanto, y trescientos ó cuatrocientos para mitad de gastos de alcabalas y escrituras.

— Cuenta, cuenta á ver cuánto hay en esos cartuchitos. — ¿Qué quiere decir esto, Remedios? — Que dispongas de ese dinero como tuyo, para que no te quedes sin la hacienda, á generoso no me ganas, mi vida. — Es que yo no te pido nada, no quiero quitarte un maravedí, sino darte cuanto tengo. — Pues yo también quiero lo mismo, no me abochornes despreciando mis ofertas, y me empezó á hacer cariños. — Sólo de un modo, Remedios, no más me das mil trescientos pesos, pero te hago una escritura en que aparezca que para la compra de la hacienda me has facilitado tres mil y que correrán sus réditos legales por dos años de plazo. — ¿Pero ese es un robo si no te doy tanto? — Te explicaré mi plan, si por una fatalidad D. Clemente se opone á nuestro casamiento, no tenemos sucesión ó me sucede alguna desgracia, tú no te quedas por puertas, mi alma, tienes un capitalito que reclamar y unos réditos que coger; yo no recibo este dinero si no es que admitas que te deje asegurado á mi satisfacción, ¿qué dices, madre? — Que hagas lo que te plazca, y lo mismo que dispones de mi corazón lo hagas de mis

intereses, y me abrazó con tanto ardor que hasta yo mismo lo creía. Conté los mil trescientos pesos en oro completando con escuditos, le recomendé mucho sigilo y la consabida divisa de prudencia y discreción, me salió á dejar hasta un estrecho callejón en el que me esperaba mi criado, diciéndole: — Adiós, mi vida. — Adiós, mi alma, y partí á escape.

— De veras que es un guaje este Alejo, decía doña Remedios ¿es que mandarme tirar una escritura de tres mil pesos y sus réditos por sólo mil y pico que recibe? ya se ve, las razones que me dió son justas, nuestro casamiento se puede enfrijolar, la falta de sucesión, no hay duda que me quiere y de cualquier manera yo salgo ganando, si no me caso, mi dinero se duplica y algo más y si me caso los gananciales mi capital, en fin me he sacado una lotería. — ¿Pero que es esto, Remedios? tú te has vuelto loca, dijo reflexionando, ¿de dónde me ha dado ahora por casarme cuando abomino al matrimonio? quedaba yo lucida con esclavizarme á la voluntad de un hombre y luego de quién de ese simplón, que luego luego se le subió la herencia, si me hubiera querido como dice no me hubiera tenido dentro del lodo como á un cochino haciéndole la llorona, ni toda la tarde tiznándome en el horno para esperar á su merced, que echándola de agraviado me dejó con la palabra en la boca, debe advertir que soy una señora y no su pilguaneja, ¿si eso hace de pretendiente, qué no hará de arrepentido? no, señor, decididamente no me caso, no faltará modo con que hacerlo prescindir, no tengo necesidad de tener amo, con mi comercio soy china libre, correspondo al que se me antoja, si me enfada le doy de mano; me querrá evitar mis relaciones, mis préstamos de cuatro por cinco, empezando porque me confiese, el padre me niega la absolución si no devuelvo el dinero, diciendo que es una usura, un robo y quién sabe cuántas cosas, además, no me nace de corazón para marido, es muy barbaján, al fin ranchero boca de palo, ya para pasatiempo vaya, pero si se maneja como antes dócil, atento, comedido y franco, eso será mejor poco á poco lo iré atarantando; si me insta con lo del casamiento le digo que sí, pero no cuando, por un lado la escritura de tres mil pesos con un plazo fijo y tan corto, por otro los réditos que se venzan, y por otro cuanto le pueda yo ir pillando

con mi modito y cariños, á la vuelta de poco tiempo la hacienda es mía, así como lo fueron los interesillos que les dejó su padre, pobre guaje, con una sopita de su propio chocolate que le he dado, se va á quedar á la luna de Valencia. Pero por ahora lo que interesa es la escritura, no le quise pedir recibo del dinero porque no fuera á maliciar mis proyectos, que al fin ese pobre pez ya tragó el anzuelo. Con estos y otros mil pensamientos pasó doña Remedios cuatro días consecutivos afirmándose en su propósito de llegar á quedarse con la hacienda que por desgracia no sabía ni cómo se llamaba, luego que vió que Alejo no volvía empezó á dudar, pero se suponía que estaría recibiendo ó allanando todo y con eso algún tanto calmaba sus temores.

Se pasaron ocho días, quince, veinte y no teniendo ni razón ni visita de Alejo, volvió á mandar á Tules á que fuera á verlo con su yerno en la yegua panda; en vano preguntó por toda la ranchería, ninguno la satisfizo, y por no volverse sin noticia, se atrevió á preguntar en el despacho, D. Clemente le respondió: — Ha salido á comprar bueyes mansos para su apero, y no sé cuándo regrese, ¿si se le ofrece á vd. algo? — No señor, sólo tenía el cuidado de su salud. — Entonces, tranquilícese vd., está bueno y goza de ella, ayer mismo me escribió. — Muchas gracias, señor; adiós. — Adiós, señora, y agradezco sus cuidados. Volvió Tules con esa razón, supuso doña Remedios que serían los bueyes para la hacienda consabida, y se resignó á esperar sin dejar de hacer indagaciones, para lo cual se valió de un D. Agapito que hacía de secretario del ayuntamiento y escribiente del juzgado de paz, en una palabra el eje principal de ambas oficinas, y que era uno de sus principales parroquianos del cuatro por cinco, su semi apoderado para cobranzas, y por último su amante jubilado que por tal de no perder la conveniencia de los negocios, nada le suponía que Remedios correspondiera á las caricias del mundo entero, antes se alegraba de tener cirineo que le ayudara á cargar aquella cruz que por liviana ninguno podía con ella; creyó el tal D. Agapito que el encargo de averiguar era por alguna cosa de interés, le ofreció cumplir, y mientras le arrancó tres pesos para poner un propio que fuera al Real para que lo informaran de la hacienda rema-

tada por Alejo, se embolsó los tres pesos y no volvió á acordarse de nada, al cabo de ocho días, casualmente vino un sujeto que podía darle razón, y le aseguró que ninguna hacienda se había rematado, ni menos que ese D. Alejo la comprara, pues ni lo conocían, entonces fingió la contestación que trajo el enviado diciendo eso mismo, y agregando que habiéndose detenido el correo para hacer la averiguación eficazmente, le habían suplido dos pesos para sus gastos, los que unidos con otros dos que el criado demandaba por su sueldo en los días de la demora, fueron cuatro más que le arrancó á doña Remedios por la mala nueva. Despechada aquella mujer llena de rabia, apenas podía dar crédito á lo que pasaba, se encerró con D. Agapito, le descubrió el enredo, y reclamaba su protección para ver cómo aseguraba su dinero. — Qué no recogiste recibo ó cualquiera otro documento, mujer. — No, Agapito, nada. — ¿Tienes alguna carta en que de algunos indicios, algunos vestigios que lo vieran ó lo hayan sabido aunque sea de oídos? — Sólo Tules porque yo misma se lo dije. — Pues el negocio está malo, y reténalo, ese bribón del tal Alejo está á la sombra de D. Clemente y ese viejo tiene tamaños colmillos, yo no me hallo capaz de arreglarle este asunto solo, es necesario ir al Real á consultarle al licenciado; no es friolera lo que se versa, este asunto es conciliatorio, necesita juicio escrito; si fuera cosa de por aquí, en mis manos yo haría aparecer lo blanco negro y lo negro blanco como has visto que lo he verificado en tus asuntos, sin interés ninguno, sólo por contar con tu buena disposición en franquearme alguna bagatela en mis apurillos, yo no tengo dinero ni puedo despegarme del juzgado, se necesita mandar una persona que sepa dar un exacto informe al albegado y ésa no se ha de conformar con un peso para él y para su caballo, como el que acabamos de mandar. — ¿Pues cuánto re- gulars que eso pueda costar? — Yo te diré, así, poco más ó menos, caballos, mesón, pasturas, un mozo, lo de la consulta, no apena de treinta ó cuarenta pesos, y puede subir á más, si se demora por alguna casualidad, tú sabes si te resuelves á hacer ese sacrificio, que si bien se mira no es nada, cuando se trata del aseguramiento de una cantidad como la que se versa. — Aquí están los cuarenta pesos, Agapito, que mañana mismo

marche ese hombre al Real, sólo en ti confío, tú eres mi paño de lágrimas. — Ya te advertí que tal vez podrá importarte más el viaje. — No lo hace, no lo hace, no me andes con esas prevenciones. — Mira, no será malo que escribas al tal Alejo una carta reclamándole la escritura de los tres mil pesos y que no se vuelvan sin contestación, porque ésa será un documento fe- haciente que nos sirva mucho, no me estoy aquí contigo porque voy á las volandas á disponer que ese sujeto marche temprano; adios, hasta mañana, ahí me dirás el resultado de tu carta, pónsela fuerte, claridosa, como de una mujer vilmente engañada. — Si, sí, pierde cuidado, que marche ese hombre temprano por vida tuya, Agapito. — Descuida, chatita, que ahora mismo voy á... y ya que estaba lejos prosiguió: á echar una copia á tu salud y una buena roncada á mi cama, porque ya tenemos gasto por algunos días. Dios le dé su santa gloria al señor D. Alejo, ya caíste en mis manos, sanguijuela, y te he de exprimir hasta las tripas.

Cuando llegué con los mil trescientos pesos consumidos, decía muy ufano D. Clemente: — ¿Qué te dije, Alejo? sabe más el diablo por viejo que por diablo, soy toro toronado, y no digo esa pobre sabandija, á hombres avezados en las picardías, descarrados para las infamias, atrevidos, audaces, y desvergonzados, me he soplado, sin más recurso que valarme de las armas poderosas de la experiencia, los secretos descubiertos á la Tules, el haber ella misma visto y pulsado tu tesoro, la pintura de tu pasión en fin, todo ha de haber tenido muchas exageraciones sin excoñarte los juramentos, los consejos y las súplicas en tu favor, si no es que tal vez hubo sus regañitos y advertencias. La codicia, hijo mío, hace á las gentes como todo vicio dominante embrutecerse, creer en las ficciones que se figuran, le estuviéramos diciendo la verdad, «no tengo nada, estoy arruinado, D. Clemente me ha recogido por caridad, etc.» y si le dices el credo no lo cree, si en ese instante le pides toda su sangre era capaz de degollarse, pues ciega con la nueva conquista de tu dinero, y embriagada de avaricia le sucedió lo que al perro de las dos tortas, lo que á la zorra con el queso, soltó el que llevaba en la boca y tenía asegurado, por arrojarse á pillar á la luna que vio brillar dentro de un estauque.

— ¿Quedas conforme con esa cantidad? ¿has hecho tu cálculo bien? porque todavía hay modo de sacarle más, antes que por distinto camino le empiecen á pellizcar en efectivo sus medecillos para rescatar los soñados tres mil pesos. Esa es la segunda parte que la infeliz aún no conoce, no ha de faltar un triqui que la atarante, seguirá la codicia dominándola, y ella tirando quesos y quesos al agua empeñada en morder á la luna, hasta que desengañada cuando ya no tenga ningún queso que tirar, conozca su verdadera situación, este debe ser el término que se le espera á esa desgraciada mujer, digna de compasión, quien tal hace, que tal pague, en fuerza de muchos piquetes llegó á sangrarte; nosotros en uno solo pero en regla, dándole por su mismo juego y con su mismo bisturí, sacamos la ventaja, bien dice el dicho, más vale una de león que cien de ratón. Anda al despacho, y sácame un apuntito de lo que necesitas con urgencia para empezar á trabajar en tu rancho como se debe, llévate de mayordomo á Nicolás, ese viejo es hombre de bien y cuidadoso, todo constará de que remudes caballos, desde aquí dirigirás tu casa, tus hermanos los mandaremos al Real á la escuela, tu madre acompañada de la familia de tu mayordomo vigilará sobre todo, vamos á resarcir el tiempo perdido, yo te ayudaré.

Hice mi apunte, y mientras el carpintero hacía mis arados, el herrero otras herramientas, y mis hermanos eran conducidos de pupilos á la escuela por mi madre, yo parti para las mesas á comprar bueyes criollos para mi apero, como se lo dijo D. Clemente á doña Tules que en esa época fué á preguntar con tanto empeño por mi salud.

Todo empezó á ponerse en juego, Nicolás cumplía fielmente mis órdenes, mi madre con su constancia y economía mejoraba los bienes, yo muy reformado, mis hermanos aprovechando, y no cesaba á cada instante de bendecir á la Providencia y agradecer á D. Clemente su singular favor. Yo no tenía un momento de descanso, estaba pendiente de la más mínima indicación de D. Clemente que todos los días me daba magníficas lecciones, saludables consejos, y me trataba conforme lo ofreció, no como un padre riguroso, sino como un amigo verdadero; yo era andariego, mata caballos y no había rincón de la

hacienda por lejos que fuera que yo no conociera, todo andaba listo, arreglado, atendido, y tuve el gusto de que D. Clemente hiciera de mí una ciega confianza. Al cabo de un mes llegó á la hacienda un mozo conduciendo una carta de doña Remedios, la consabida misiva que le aconsejó D. Agapito, la recibió D. Clemente y mirando el sobre dijo devolviéndola: — Es para Alejo, ese muchacho está incapaz de recibirla. — Me encargaron que la pusiera en sus manos, dijo el portador. — Si vd. quiere aventurarse, pase para allá dentro pero le advierto, que cuatro mozos garrudos apenas medio lo sujetan, á todos aporrea, y no se de dónde le han salido tantas fuerzas.

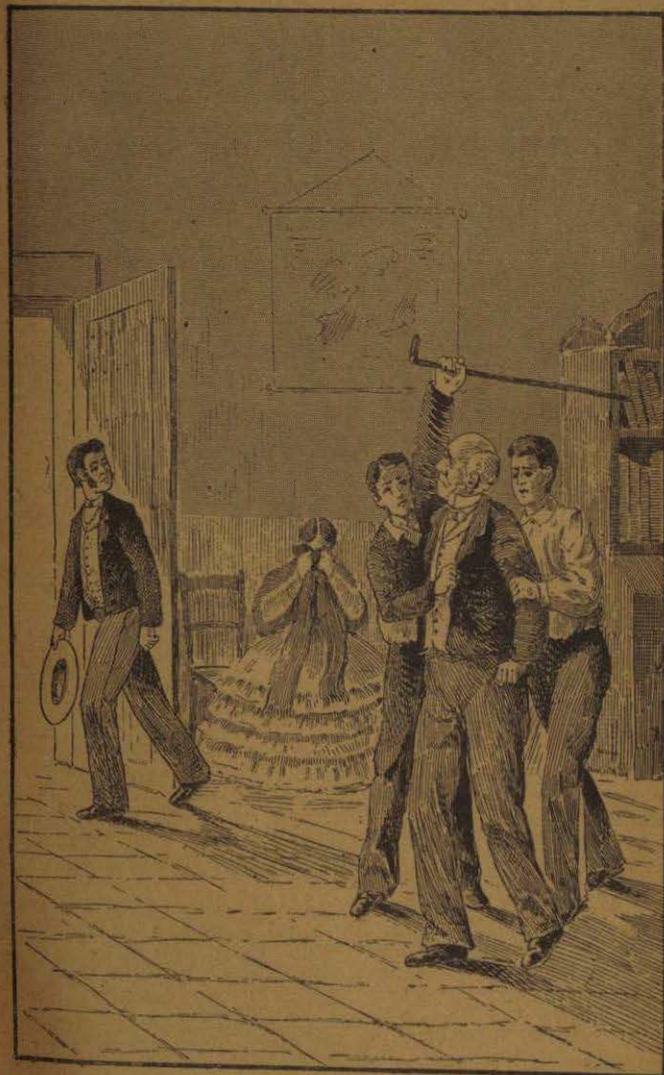
— No diga su merced que soy curioso, ¿pero qué D. Alejo se ha vuelto loco? — Está de remate, amigo, ya mandé por un médico, antes que vaya á hacer una diablura, ¡qué lástima de muchacho! bien dicen que no hay mal que por la mujer no venga; ¡malditas sean esas cuscas que son la ruina de más de cuatro jóvenes incautos! esa infame coscolina me lo ha trastornado, quién sabe qué bebedizo le habrá dado, algún veneno, hierba, extractos miserables, hay tantas cosas con que hechizan esas furias de Satanás. — ¿Según eso vd. cree que le han dado algo que...? — No cabe menor la duda, eso está claro, fué al pueblo y según ha declarado el criado que lo acompañó, al venirse estuvo en la casa de una cusca largo rato, de allí salió la coscolina acompañándolo, antes le dió un bulto que el muchacho guaje recibió, le hizo mil requiebros y se separaron, desde ese instante ha perdido el juicio, tiene mil desvarios, y ya la cosa ha ido tomando proporciones hasta el grado que vd. ve. — Pues entonces, señor D. Clemente, es cierto lo que vd. dice, tal vez esa coscolina celosa ó por cualquiera venganza le dió la hierba ó esos minerales. — Sí, sí, los extractos minerales que causan efectos muy extraordinarios, ha dado vd. en la verdad, esos malditos minerales que no digan el juicio, la vida suelen quitar. — ¿Y ya sabe vd. quién es esa infame, señor D. Clemente? — No me he cuidado de indagar hasta que no vea confirmadas mis sospechas, las casas y gentes del pueblo son muy conocidas, y tan pronto como mire que mis temores son ciertos y pueda con la opinión del médico afirmar mi querrela, pobre cusca la he de hacer expiar su crimen en una re-

clusión perpetua, más que me cueste el dinero, sumirla en las recogidas de México ó en la Magdalena de Puebla, si antes no la he despachado al campo santo con sus propios minerales; pero creo que á vd. se le hará mala obra, llévase su carta y buen viaje. — Es el caso, señor, que yo no sé qué hacer, si no llevo contestación de seguro que doña Remedios no me paga mi mandado, así me lo previno. — ¿Y qué es negocio importante? — No lo sé, vea vd., la carta viene abierta. — ¿A ver, á ver veremos?

La leyó para sí, y dijo: — Si vd. no quiere desperdiciar su viaje, puede dejarla y yo contestaré; es vd. un infeliz que no debe perder su trabajo. — Sí, señor, siendo así, se lo estimaré mucho; ya se va haciendo tarde y no quiero exponerme por ahí. — D. Clemente contestó con unos cuantos renglones y aquel criado partió muy contento compadeciendo á Alejo y renegando de las coscolinas, entregó á doña Remedios la respuesta, pintó con los colores más vivos el suceso de Alejo, las sospechas de D. Clemente contra la coscolina que lo había enhechizado con minerales, y cuanto se proponía hacer para castigar á esa maldita cusca.

Se metió doña Remedios para adentro disimulando su sorpresa, berrinche y cuanto en aquel instante sintió, abrió la contestación y leyó: — « Doña Remedios, para la aclaración de estos enredos, puede pasar á la hora que guste á esta hacienda, su proverbio es infame. *No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.* — Su servidor, Clemente, etc. »

— ¿Conque Alejo está loco? loco de conveniencia, cómo no estuvo loco para llevarse mi dinero, eso es una infamia, un robo; ¿pero quién le dió ese bebedizo, ese mineral? ah, ya caigo, ¿qué más mineral que mi dinero? sí, ese es el hechizo, y ha sido ese maldito viejo tan pícaro que ni la burla me perdona, y á ese pobre guaje del enviado le ha hecho creer en el tecolote. Tules, Tules, mándame á ese hombre. El correo entró en la sala con el sombrero en la mano. — ¿Tú viste con tus ojos á D. Alejo loco? — No, niña, no me quise arriesgar, ya ha golpeado á muchos y aunque el amo me abrió las puertas yo no me atreví á entrar. — ¿Qué no serán mentiras de ese viejo zorro? — No, niñita, fueron por el médico, y el amo lo espe-



¡Vaya un pillo tonto, y una cusca desvergonzada!

raba impaciente para desvanecer sus sospechas ó afirmar sus temores, no cabe duda, que esa coscolina le dió algún bebedizo y los nitratos ó no sé cómo nombró á eso de los minerales, son el mismo veneno que quita la vida, el criado ha confesado que antes de irse del pueblo estuvo en la casa de una cusca y el diablo me lleve si D. Clemente no se sale con la suya de meterla en las arrecogidas según ha jurado. — ¿ Que antes de irse del pueblo estuvo con una cusca ? repetía doña Remedios en su mente. Pues no más eso era, puedes retirarte. — Quedé su merced con Dios, niñita. — Adiós. — Ya está aclarado el misterio, yo no soy tonta, prosiguió diciendo sola, antes de tomar el camino se fué á visitar alguna cusquita que tenga por ahí, le vió el dinero que llevaba, y no digo un bebedizo una puñalada era ya capaz de haberle dado, pero son tan contadas las mujeres que hay en este pueblo que luego luego todos saben la vida y milagros de cada uno. — Tules, Tules, ¿ quién te parece que haya sido esa cusca que ha hechizado á Alejo ? — Niña, niña, no se haga vd. pato, si no más estuvo aquí y vd. lo acompañó hasta el callejón. — Pero yo no soy cusca ni coscolina como dice ese maldito viejo. — Es verdad, pero tal vez cómo está enojado, por desquitarse habrá dicho esas expresiones. — Anda á llamarme á D. Agapito, que venga luego luego, no te dilates.